

Jon Mirande Aiphasorho y su novela *La ahijada*¹

TXOMIN PEILLEN

UNIVERSIDAD DE PAU

El tema que os proongo es una aproximación a una novela vasca cuya publicación se demoró once años a causa de la novedad del argumento que, en primera lectura, da la impresión de una novela algo erótica. Antes de adentrarnos en el origen y la naturaleza de la obra, merece la pena hablar del autor. El novelista —aunque escribió una novela única— tradujo y escribió cuentos de toda índole.

Jon Mirande Aiphasorho, nació en París en 1925 de padres vascos y murió en la misma ciudad, suicidándose la Navidad de 1972. Este autor que conocí porque aprendí a escribir en euskera con él, casi nunca vivió en el País Vasco, excepto cada año una semana en Guipúzcoa y otra en Zuberoa, provincia vasco-francesa de donde eran oriundos sus padres; durante los cinco años de la guerra no estuvo en Euskal Herria, de modo que después de la guerra era casi incapaz de expresarse en euskera. Dado su entusiasmo y tesón, aprendió el euskera entre 1945 y 1948: entonces avergonzado por el descuido literario del idioma empezó a escribir en nuestro idioma.

Nacido en una familia proletaria, vivió su niñez en una portería pequeña de una casa parisina; no pudo seguir sus estudios más allá del bachillerato y entró en el Ministerio de Finanzas donde empleaba el tiempo mejorando su cultura de autodidacta y aprendiendo unos 15 idiomas así como escribiendo garabatos administrativos. Con su conocimiento de idiomas pudo dejar el servicio de finanzas interiores y pasar a las exteriores donde podía escribir cartas en aquellos idiomas.

Cursó estudios secundarios en un liceo parisino, llamado Arago, y allí con su profesor de filosofía descubrió a Spengler y Nietzsche que iban a influenciar la trayectoria de su pensamiento; este tema ha sido bien estudiado por uno de los mejores ensayistas vascos, José Azurmendi, al mismo tiempo que el anticristianismo del autor.

¹ Conferencia pronunciada en la UNED, el 6 de noviembre de 1991.

Cuando conocí a Jon Mirande era nacionalista vasco; aunque criticaba la pasividad del PNV, tenía amistades profundas con Irizar e Ibiñagabeitia, pero me di cuenta que en períodos de depresión dejaba de escribir en euskera o en cualquier otro idioma y que oscilaba, entonces, entre relaciones con los monárquicos legitimistas franceses y la extrema derecha que conoció en los contactos que hubo con los nacionalistas bretones de Breizt Atao, recién salidos de las cárceles francesas por haber pactado con los alemanes según la fórmula arriesgada, “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”. Las ideas políticas de Jon Mirande —en el mundo demócrata-cristiano vasco— no tuvieron eco; tampoco entre los que éramos sus amigos y nos dedicó la traducción de *Aus Hohen Bergen* de Nietzsche, cuando se percató de que no seguiríamos su tendencia derechista; entonces se dedicó únicamente a la literatura vasca y nos dio traducciones del inglés (Edgar Poe), de poetas alemanes, irlandeses y bretones. Sobre todo empezó a ser el maestro del cuento de humor negro o de ambiente policiaco. No escribió más que una novela, y tenía la intención de escribir conmigo, una novela que se situaría en India, porque sabía que me interesaba la civilización de aquel país.

La enfermedad maniaco-depresiva —aunque no pudo ser la causa única— acabó por desanimarle totalmente; con la segunda depresión intentó suicidarse y con la cuarta consiguió su propósito, tras haberse sometido a una cura psiquiátrica en la clínica del doctor y escritor bretón Abeozenn en Kastelin. Durante aquella cura le preguntó el médico qué le importaba más en la vida y su respuesta fue: “Escribir”. Y añadió: “Pero ya no puedo escribir... entonces, nada importa.”

En la última carta que me escribió apareció su desasosiego. Era una postal:

“No sé a donde volveré, ni cuándo. Estuve en el País Vasco, pero ahora estoy harto de Euskal Herria” (trad. tx. p.)

Creo que Jon Mirande vivió, únicamente, por la pasión de nuestro idioma y de nuestra cultura y cuando dejó de escribir en euskera siempre me dirigió cartas en nuestro idioma y siempre me habló en euskera, decía, como Ibiñagabeitia “portarse de otro modo es una traición”.

¿Qué diré más de Jon Mirande que conocí durante veintidós años de amistad? Que no era muy alto, algo gordo, con una cara no muy hermosa, excepto los ojos grandes: se comportaba como un caballero, con muy buenos modales y cortesía a pesar de escribir —sin comentarios personales— con mucha violencia, contra la autocomplacencia que sienten fácilmente los vascos porque no quieren enlutar esta fiesta, esta juerga, de los honrados y acomodados.

TRISTE GENESIS DE UNA NOVELA MODERNA EN LA HONRADA SOCIEDAD VASCA

Antes de analizar el proceso directo del nacimiento de la obra titulada *Haur besoetako* (*La Ahijada*) hay que recordar y considerar el ambiente “literario euskérico” de una época de “vacas flacas”, de una tradición mitificada y de múltiples censores. Los jóvenes escritores de los años cincuenta, Gabriel Aresti, Federiko Krutwig, Juan Mari Lekuona, Jon Mirande y yo sufrimos mucho en nuestro sentido colectivo del honor al leer los juicios de Unamuno sobre la honrada poesía vascongada o los sentimientos de Baroja en una entrevista en la revista *Egan*, donde don Pío negaba al euskera todo porvenir literario.

La literatura vasca de la época merecía aquellas críticas: era limitada, moralista, costumbrista, cristiana en su expresión culta, mientras unos escasos escritores vasco-franceses escribían picaresca y la literatura popular oral tenía más libertad. Basta leer las polémicas llevadas por curas integristas al advertir que Jon Mirande el autor del que trataremos hoy estaba a punto de publicar una antología de sus poemas —en parte poemas eróticos— que a pesar de la defensa de Andima Ibiñagabeitia, del párroco Nemesio Etxaniz —y menos del jesuita Jokin Zaitegi, no se publicó en vida del autor.

Entonces los integristas franceses como el misionista Xabaño o españoles como el padre Mocoroa, utilizaron las amenazas del *índice* del Vaticano y las intervenciones ante el obispo de Bilbao. Ocurrió lo mismo con la novela. Nuestra novela es el testamento del autor, una crítica de la sociedad tradicionalista, una propuesta de educación distinta y la descripción del fracaso de un ideal de sociedad, pero en primera lectura se trata del amor de un hombre de treinta años con una niña de once.

El tema de la pedofilia expuesto con mucho pudor en el mundo hispano o galo no hubiera armado los líos que describiremos en el ámbito “sagrado y reservado” de la susodicha cultura vasca. Los escritores de la época sufrieron por su grado de anticipación en la evolución de la sociedad vasca, porque en los diez últimos años, sin protestas, se publicó tres veces esta novela y se ha traducido, hace poco, al castellano con el título de la *La Ahijada*. Claro que la elección de una temática de pedofilia escondió —para parte de los lectores— las aportaciones principales de la novela a nuestra literatura sobre las relaciones —fuera de toda teología— del cuerpo y del alma de los amantes, la falsedad de las relaciones neoburguesas y la imposibilidad de seguir viviendo cuando un ideal, un pueblo idealizado sigue un rumbo que el autor considera como el peor: el materialismo, bien sea con capa cristiana, bien sea marxista.

ETAPAS DE LA GESTACIÓN

En cartas que me dirigió durante muchos años encuentro la primera alusión a su propia pedofilia, el 17 de octubre de 1956:

“Además te mando dos poemas; uno trata de las relaciones que tuve —durante las últimas vacaciones en Sorhoeta— con una niña de quince años y aprovecho el poema para exponer —con medias palabras— mi opinión sobre la vida, sobre el alma» (trad. tx. p.).

En 1958, antes de marcharme a Argelia fui a visitar a Jon Mirande en su casa de la Porte de Montreuil, en París, me encontré con un hombre joven, esbelto, deportista, amigo suyo; cuando marchó me contó las relaciones trágicas que aquel mantuvo con una niña: eso será la base de su novela, corta y densa, aunque por razones literarias se va alejando mucho de la realidad vivida por aquel hombre y, como en el poema, en la novela tendremos claves numerosas de lectura, en este libro testamento.

No se malinterpretó la obra, no produjo tanto escándalo en 1970; tampoco con las dos ediciones en euskera y la publicación en castellano hubo protestas. En la época el autor dejó de escribir en euskera porque las dos revistas literarias rechazaron entonces sus obras y traducciones. El director de *Egan*, Luis Mitxelena fue presionado por un calvinista holandés y vascófilo para que no se publicara Jon Mirande por haber criticado el lobby judío de Francia, y en cambio que se publicase *El diario de Ann Franck* que no tenía el mismo interés literario, ni la misma autenticidad. El director de *Euzko-Gogoa*, Jokin Zaitegi S. J., publicó durante un tiempo a Mirande, mientras la revista se publicaba en América, pero al volverse la publicación al “honrado País Vasco” hubo presiones para prohibir las obras paganas, eróticas y amorales de Jon Mirande, de modo que —excepto una colaboración lingüística con Jon Etxaide— dejó de escribir obras importantes, durante los diez últimos años de su vida.

Creo que muchos lectores de *Haur besoetakoa (La Ahijada)* se dieron cuenta de que había más de una lectura de la obra y que todo no era erótico; hace once años intenté señalar la variedad de claves que tenía: eso era en la Universidad de Deusto-Bilbao. Muchas veces he hablado del tema, pero les agradezco haberme invitado a expresarme en Madrid: así he podido profundizar más en la obra, sintetizar observaciones sueltas, esparcidas, pero estoy seguro que nos quedará y os quedará con la traducción mucho que descubrir en esta novela corta, pero muy densa, rica en todo el patrimonio europeo que conocía bien Jon Mirande que leía una quincena de idiomas y hablaba —me parece— diez (tenía pocas oportunidades para hablar el griego clásico, el latín, el hebreo, el gótico y el micénico).

En una serie de cartas que me dirigió el autor durante mi permanencia en Argelia pude seguir y participar en la gestación de la obra. El 1 de febrero de 1959 me escribió el autor:

“Casi he acabado de escribir el cuento y dentro de diez días lo tendré acabado. Es bastante largo, del tamaño de *Alos Torreá* (novela corta de Jon Etxaide), es una historia de amor entre un hombre de treinta y una niña de once años, es un amor mutuo, sería como una *Lolita* (aunque desgraciadamente no leí la obra de V. Nabokov.”

Comentando esta parte de la carta, vemos la relación con una aventura pedófila personal y sobre todo con los acontecimientos amorosos de su amigo. Al leer *Lolita* de Nabokov, y *La Ahijada* de Jon Mirande, sin ser crítico literario, uno se da cuenta de la distancia que hay en los planteamientos de ambos escritores. Seguimos con la carta del 1 de febrero de 1959:

“Le comenté el caso a Mitxelena y me dijo que haría lo posible para publicarlo en su revista (*Egan*). Pero me temo que no se podrá publicar por el carácter erótico de ciertos trozos, aunque (la historia) sea muy casta y sentimental. Quizá intentaré yo mismo publicarla en forma de un librito, si así se puede escapar de la censura. Si quieres te mandaré una copia para tener tu opinión. (No me atrevo a mostrarla a Urrestarazu.)

Apenas acabada la novela de Jon Mirande se da cuenta el autor de que los “promotores” de la cultura vasca coetánea viven atemorizados por los riesgos de censuras múltiples, ya que seis años antes se habían manifestado en contra de la poesía del mismo autor.

En cuanto al señor A. Urrestarazu es uno de aquellos vascófilos solterones, moralistas, cristianos del PNV de antaño, cuyo “alter ego” era el señor Ormaechea: ambos querían conservar a la literatura vasca su vigor. Entonces esta novela corta la leyó don Luis Mitxelena, la leímos también con mucho agrado Ibiñagabeitia y yo, pero no se podía, ni siquiera presentar a la mayoría de los intelectuales vascos republicanos, refugiados de la guerra civil.

Al final del mismo mes, el 24 de febrero de 1959, responde a una carta que le dirigí desde la sierra de Dahra en Argelia:

“... me perdonarás si no te respondí en seguida pero quería pulir y terminar mi novela corta; junto con esta carta te mando una copia de ‘*Aur Besoetakoa*’ mandaré otra a Mitxelena pero temo que no podrá imprimirse en Guipúzcoa a causa de la censura, etcétera..., intentaré su publicación en otro país, quizá en América por medio y con la ayuda de Andima Ibiñagabeitia...”.

Con aquella carta tuvimos una breve y nueva esperanza para el autor: la publicación en Venezuela donde vivía nuestro amigo y defensor Andima de Ibiñagabeitia.

Sigue en su carta, dando las futuras claves, las intenciones que le llevaron a escribir esta novela corta anticonformista:

“... apreciaré tu opinión acerca de esta obrita y sobre todo en lo tocante a la forma y al idioma y la tendré en cuenta antes de publicarse para cambiar algo”.

A petición del autor le señalé, algunos puntos oscuros que merecían más detalles, y particularmente, cambió el principio de la novela, que le criticqué por su pesadez y lo modificó incluyendo una tormenta. Pero me había señalado los límites de mi participación:

“En cuanto al fondo aceptaré con gusto tu opinión pero no creo que puede cambiarse nada sin traicionar al tema. Tanto peor si nuestro país honrado y leal condena el amor de los dos protagonistas. En mi caso el conformismo de la gente que me rodea me da asco y quiero combatirlo.”

Claro que al finalizar esta carta la clave del anticonformismo aparece, añadiéndose a lo que decía antes de su deseo de expresar lo que sería otra vida, otra sociedad.

La primera etapa del intento de publicar su novela corta en la revista *Egan*, suplemento literario del *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País* en Guipúzcoa concluye con una negativa del director don Luis Mitxelena; y en una carta del 24 de marzo de 1959 el autor me escribió:

“Recibí una carta de Mitxelena... me hace muchos cumplidos sobre mi novela corta, pero añade rotundamente que no puede publicarla, sino acabaría con la revista literaria.”

Con esto, se confirma —y no ha desaparecido todavía en el País Vasco— la costumbre y la incapacidad de juzgar siempre una novela con criterios únicamente literarios; los “morales” son más importantes en la Euskal Herria de la época, mientras Camilo José Cela había podido publicar sus cachondeos con menos trabucazos. Sería un tema dolorosamente extendido el de la censura interna de los vascos, otro el carácter testimonial y ejemplar que se atribuía a nuestra literatura.

Prosigue en su carta de marzo:

“La he mandado a Andima a ver si encuentra, medios para publicarla en América —Irigaray también me escribió, también a él le gustó (la novela) pero dice que es impublicable. Tanto peor para el público vasco.”

La segunda etapa de la esperanza americana mantiene al autor en el estado de gracia, de la creación y entre tanto escribe sus últimas prosas; en una carta del 4 de abril de 1959 escribió:

“... Andima en una carta me dice que hará lo posible para que se publique en Venezuela.”

Esperaban entonces la ayuda financiera de un vasco venezolano muy rico y sobre todo muy vascófilo el señor Miangolarra, pero esta esperanza también se frustró porque los alacranes de los puritanos vascos llegaron a atacar hasta las Américas.

En el caso de Jon Mirande, que se daba cuenta de la importancia de su obra en verso y en prosa, estos retrasos y cantidad de otros sinsabores le desanimaban del cuarteto de escritores vascos parisinos o refugiados, sólo quedaba en París Jon Mirande en un aislamiento intelectual vasco completo, Andima había marchado a Venezuela, Krutwig expulsado por los franceses a Bélgica, y yo asistente médico en Argelia; en un momento de desasosiego, el 28 de agosto de 1959 —año y medio había transcurrido desde la creación— me dirigió esta carta:

“Muchas gracias por las noticias y observaciones a mi obra *Aur besotakoa*, De todas formas este problema de la publicación ya no tiene tanta importancia. He tomado la decisión de escribir en francés para tener la libertad de expresar los temas que me agradan y quizás en otro idioma extranjero, en inglés por ejemplo, si encuentro un coescritor, porque mi conocimiento del idioma de Shakespeare y de Oscar Wilde es todavía insuficiente.”

Durante un viaje rápido a París desde Argelia le hice una visita; estaba descorazonado y enfermo de psicastenia pero le hablé de su carta y le dije que tenía que seguir escribiendo, aunque fuera en francés, y entonces me respondió en su carta que lo había escrito por despecho, pero que nunca escribiría en otro idioma sino en euskera, a no ser en un idioma céltico unas crónicas periódicas. Escribía perfectamente el francés y cuando empezó a escribir compuso el poema *Merry Christmas* en este idioma, y en euskera. Tradujo a veces sus poemas euskéricos para sus amigos franceses.

ULTIMA ETAPA

Dos años antes de su muerte y pasadas las pesadillas de las esperanzas frustradas, su amigo —aunque de ideas políticas opuesto— Gabriel Aresti consiguió superar las angustias y temores de sus coeditores y Jon Mirande tuvo el placer de ver publicada su novela con un título un poco cambiado en su grafía *Haur besotakoa*, con “h”; además la novela escrita en guipuzcoano literario al principio, fue corregida por el autor en una forma muy semejante “al euskara batua” o “vasco unificado”; pero era demasiado tarde, porque —

fuera de su participación en la revista humorística *Igela* entre 1962-1964 había dejado de escribir en un idioma que era para él la lengua de marxistas leninistas o de censores clericales frustrados.

LA OBRA LA AHIJADA

Cuando leí en *Historia de la Literatura Vasca*, del padre Villasante, que la novela de Jon Mirande tenía una estructura grosera y sencilla tuve la certidumbre de que, como toda sencillez aparente, era muy compleja. Para recuperar el retraso que había sufrido la novela vasca, en la época, se escribieron una variedad y cantidad de novelas en los últimos decenios, entonces nuestros críticos literarios —que a veces no dominan bien el uso del euskara literario o se expresan en otro idioma— dictaminaron que sólo valían las novelas de vanguardia; las estructuras lineales, el empleo de la tercera persona o de un idioma demasiado culto eran taras imperdonables, por eso se habló de la estructura sencilla y del tema vulgar de la novela.

Sólo el comentario y análisis del texto me podían ayudar tras haber definido una problemática de investigación basada en las cartas que me dirigió el autor, utilicé el método clásico de análisis y recuento sistemático de los términos más relevantes de la novela: efectivamente saltan a la vista por su frecuencia su colocación o empleo de la mayúscula ciertas palabras, ciertos nombres que nos darán al final las claves de la novela para que —con el creciente aprecio de esta novela— no se trastrueque la lectura como ocurrió con dos historias de la literatura vasca.

El tema es, a primera vista, las relaciones amorosas de un hombre con una niña de once años, su ahijada. El argumento es el de una tragedia de amor porque desde una situación apacible, pasando por una pasión libre, luego por las intervenciones exteriores, contra este amor, termina con la muerte de la niña y el suicidio del hombre. El carácter imposible de este amor quita al relato todo carácter de pornografía y permite al autor una descripción crítica de la hipocresía moral de gente más corrompida que los amantes condenados por ella.

La estructura externa de la novela parece clásica, con cuatro capítulos: presentación, culmen, enlace y desenlace. Si nos damos cuenta de la insistencia del hombre cuando habla de la música rusa o alemana y de la “inacabada” de Frantz Schubert, podremos analizar esta novela como una sinfonía —entonces con ritmos desiguales, con movimientos distintos— el primer capítulo es un *adagio*; el segundo *allegro ma non troppo*; el tercero *andante*; y el cuarto *finale*. Los acontecimientos de la novela se extienden, más o menos, durante un año y por lo demás aprenderemos poco del pasado de los protagonistas.

La estructura interna. Alternan los monólogos interiores del hombre y diálogos con la ahijada Theresa, con la novia Isabel, con la criada, con el primo; y alternan con regularidad las descripciones en tercera persona del

ambiente, de los acontecimientos, comentarios que proceden de una persona que al final aparecerá y es conocida únicamente por la apelación “el pintor”. Este pintor es el autor que se define como el que no ha podido conseguir la dicha de los héroes de la novela. Jon Mirande siempre ha sido adicto a formas clásicas de escritura y no le molestaban los moldes; a veces nuestros contemporáneos piensan que la libre creación puede darse únicamente sin formas ni estructuras; nuestra literatura del siglo XX nos ha dado dos obras maestras escritas y pensadas clásicamente: el *Maldan Behera* de Gabriel Aresti, y el *Haur besoetakoa (La Ahijada)* de Jon Mirande.

Así la estructura de la novela con su simetría, su clasicidad no daña en ningún modo el desarrollo dramático de la narración y permite una densidad y una brevedad de relato, del cual están excluidas las descripciones o elementos que no sirven a los acontecimientos o a la expresión de las ideas del hombre; la adecuación de la forma y del fondo es clara en un autor que hace referencia a la antigüedad y es más evidente aún cuando se analizan semánticamente los recursos literarios de aquel autor de gran cultura.

EL EMPLEO DE LAS MAYUSCULAS

La primera clave semántica que saldrá a la vista será el empleo de mayúsculas para denominar las referencias o claves mitológicas tal como *Tierra de los Jóvenes*, adaptación del irlandés *Tir Na Nóc*, Tierra de la Juventud; en asociación con estos mitos célticos aparece también con mayúsculas el nombre del dios del Mar. En su descripción cosmológico-cultural, de Europa también tienen mayúsculas Oriente, Occidente, Septentrión, Mediodía que analizaremos más allá. También tienen mayúsculas Bondad, Justicia, Deberes Sociales, Vida.

LOS NOMBRES DE PERSONAS

Los apellidos que aparecen en un empleo normal son Schubert, Franz, Beethoven y para burlarse Freud y Kraft-Ebing como interpretación de la pedofilia. Los dos personajes femeninos antitéticos y esenciales, la novia y la ahijada vienen con nombre significativo. La novia que el hombre rechaza, que representa el mundo judeo-cristiano lleva el nombre hebreo de Isabela, mientras tanto que la ahijada de once años que ama el hombre, con la admiración nietzscheana del mundo antiguo, lleva el nombre griego de Theresa. En esta novela que es testamento del autor se manifiesta su anticristianismo, siendo Jon Mirande el poeta vasco que escribió un poema de odio al Cristo. La relación de Theresa con el mundo helénico está bien establecida cuando el hombre describe el ideal educacional que sueña para su ahijada:

“... y él mismo le enseñaría todo lo que sabía, la llevaría a entenderlo todo hasta escandalizar a los sabios burros que producen los programas para la escuela. Theresa aprendiendo filosofía, Theresa aprendiendo griego y latín (página 103)”.

OTRAS CLAVES SEMANTICAS

Cambiando de método, he analizado la frecuencia y la asociación de ciertas palabras claves, agrupando estas palabras en grandes conjuntos significativos, primero siguiendo los presupuestos de lectores corrientes, luego incluyendo los que me aparecían al subrayar las palabras.

En primer lugar, unos han pensado que la *La Ahijada* es una novela triste, erótica, materialista e inmoral, entonces abrí una categoría *tristeza* con las palabras: triste, lágrima, pena, dolor, tristeza, desesperanza. En cuanto a lo *erótico* incluí: senos, sexo, muslos, cuerpo, acariciar, besar, coito, separándolos de los temas *sentimentales*: corazón, dulzura, infancia del cuerpo, pudor, ternura, amor y de las metáforas o clichés: nieve, oro. Lo materialista apareció tan escueto que no merece la pena, porque las escasas palabras recogidas son las que desencadenan el odio del hombre hacia la civilización de consumo. En la categoría de la *moral* apareció: falsedad, escándalo, hipocresía, desdén, odio, pecado.

En oposición a la tristeza que se supone a esta novela trágica recogí con frecuencia las palabras: alegre, contento, grato, esperanza, risa, sonrisa y ternura.

Con el estudio de las mayúsculas habíamos encontrado dos claves y hemos estudiado la frecuencia y la localización de los mitos célticos en el relato, hemos compuesto una categoría cultural europea con lo que dice el hombre sobre los países de Occidente, Oriente, Septentrión y Mediodía.

No hemos profundizado tanto en el tema de las alusiones musicales a autores o tipos de músicas de Beethoven o de Schubert; tampoco hemos intentado buscar los recuerdos de autores clásicos griegos y latinos.

SEMANTICA Y MITOS CELTICOS

La palabra “mar” es importante en el léxico de la novela, y el océano aparece como un protagonista mayor, símbolo de pureza, de vida de la muerte: por eso los mitos de nuestra narración son oceánicos.

TIR NA NÓC

En la mitología irlandesa que estudié con el autor *El País de la Juventud* las Islas Felices se encuentran en el reino de Manannan Mac Lir, dios del mar que cruza las aguas cubiertas de flores bermejas donde los salmones se pasean como rebaños de ovejas. En la novela se nos dan más detalles de aquellas islas: se mencionan en el primer capítulo y en el último. Hay tres alusiones, empezando con las Islas Felices (que en la traducción han perdido mayúsculas y plural a veces):

“Parecía que el sueño máspreciado de un corazón humano embarcado en aquellas naves imaginarias, sería transportado lejos, siempre más lejos, basta la isla feliz donde todo sueño puede florecer y llegar a su perfección” (página 81).

Lo que se dará en este primer capítulo como anhelo, será el logro y la realización en el último. No sé si el autor, en el umbral de la muerte se acordó de su anhelo, ni si divisó las Islas Felices. Luego alude al Tir Na Nóc:

“Y dejaba las alas libres a mi sueño inconfesable para que me transportase hasta aquella oculta Tierra de los Jóvenes” (página 84).

y nos da un detalle más sobre Tir Na Nóc:

“... al otro lado del mar, la Tierra de Los Jóvenes, esa que carece de muerte y está cubierta de manzanos con ramas de cristal?” (página 85).

En el capítulo cuarto aparece una declaración de fe pagana del “hombre”:

“Si todavía continuasen erguidos los altares de mis viejos dioses, ya no temería, hace tiempo que me habría ido con Theresa a la Tierra de los Jóvenes que la mala gente nos pretende desmentir y hacer olvidar” (página 160).

Durante el desenlace este mundo “allende la muerte”, aparece descrito cuando la niña se ahoga y el mar la traga:

“... y como lo esperaba ahora en los anhelados palacios acuáticos de Poniente, una princesa que sería siempre una niña, siempre oro, entre las flores y los manzanos de ramas de cristal” (página 172).

Al morir el hombre, también el mar le llevará al Tir Na Nóc deseado y lo dice el pintor:

“... ya se lo llevaba bien lejos la misma alta ola que se llevó a Theresa... lejos más allá de su alcance, a la Tierra de los Jóvenes que está más allá de su mundo, donde lo esperaba ella, presta a entregarle otra vez su cuerpo y su alma en ofrenda de unidad. Una ofrenda que duraría siempre...” (página 172).

MANANNAN MAC LIR

Alude, al principio de la novela, el hombre, que espera la benevolencia del Dios del Mar, porque imagina que la salida de su ventura amorosa, podría ser el mar.

“El viento poniente traía los ecos del mar...” (op. cit., página 81 y primera de la novela).

“... hasta la isla feliz (en euskera Islas Felices) donde todo sueño puede florecer...” (página 81).

Terminando la novela el pintor tras hacer la ofrenda de su anillo al dios del Mar, añade:

“... me pregunto si me ven desde sus Islas Dichosas”.

Claro está que Jon Mirande, que escribía y hablaba los principales idiomas célticos, que era consultado por los lingüistas al tratarse del gaélico antiguo, del córnico, del bretón llegó a ser académico de las dos últimas (siendo el único extranjero) mientras, por intervención de los curas y puritanos vascos, vestidos de demócratas, no pudo entrar en la Academia vasca, que en la época de únicamente demócrata y cristiana. Por eso, en esta novela casi no aparece la mitología vasca, tema que desarrolló anteriormente en sus poemas que no lograba publicar.

Así, esta huída del hombre hacia el occidente, el mar, los países célticos y la muerte anticipa lo que le va a ocurrir al autor en el decenio siguiente, y veremos lo que representa simbólicamente la niña Theresa porque ya sabemos que “el hombre” es —por parte— el autor mismo con su afición al alcohol, al escándalo, al desafío al “canular”.

HERRI-MIN. ¿NOSTALGIA O DOLOR DEL PAIS?

Herri-min es algo como *la saudade*, pero en la obra de Mirande por un juego de palabras toma otra dimensión y nos da una clave muy importante de la obra: en un cuento humorístico “Las Vacas” los animales se burlan del autor que les habla en el prado donde descansan tranquilamente y las vacas se ríen y el hombre declara: “Tenía nostalgia (mal del país) y ahora que estoy en el País el dolor empeora.” Si no tuviésemos esta indicación, fuera de la obra, la encontraríamos escrita con toda claridad, esculpida por mano de nuestro escultor y joyero literario:

“Mientras miraba a Theresa veía con los ojos interiores la tierra natal de mi nostalgia” (página 84).

Pues esta niña representa simbólicamente al País Vasco que Jon Mirande ha soñado durante once años, para el cual ha soñado una cultura de alto nivel, limpiada del folklorismo y del conformismo, como lo expresó en varios ensayos.

Theresa es su ideal, indispensable para vivir su suelo de Euskal Herria y en este libro manifiesto insiste aunque unos no lo han leído en la página 93 dice:

“... y entonces comenzaba a barruntar que aquel hermoso cuerpo, pese a toda su embriagadora belleza no era sino un símbolo de algo que afectaba nostálgicamente mi excitado corazón”.

Así el hombre —y el autor también— que necesitaban para vivir un ideal patriótico-cultural, al perder y al fracasar este sueño, ya no tienen razones para seguir viviendo. Y como en la novela, Jon Mirande en la vida, se suicidó tras haberme escrito que el País Vasco le daba asco y que no sabía ni cuándo ni dónde volvería a vivir.

No creo que con estas citas haya apurado todos los elementos en pro de esta clave de lectura y pienso que otros investigadores podrán matizar mi lectura, y profundizar en el estudio del “sincretismo” o de las interferencias celto-vascas ayudándose de su poesía. Creo haber apoyado esta clave de lectura con elementos de la novela, y que las indicaciones del autor en las cartas que me dirigió van en el mismo sentido. Se puede leer la novela de otra manera pero con las consideraciones expuestas no entiendo por qué ciertos “críticos literarios” se empeñan en rechazar esta interpretación mía, y suya.

El “alma” sin ser una clave es un tema muy importante, pero muchas veces viene tanto en prosa como en poesía, planteando las dificultades de las relaciones entre el alma y el cuerpo de cada uno, y las mismas entre dos amantes. Aunque anticristiano, coincidía Jon Mirande en las ideas sobre el alma de los griegos y de los celtas, pero rechazaba la relación que establece el judeo-cristianismo de representación del cuerpo.

Jon Mirande escribió en bretón un ensayo corto *Mi Fe* en el cual expresa claramente sus creencias.

El “alma” es palabra vulgar; prefiero la palabra griega psukhê y considero que la psukhê es la única realidad que tiene más o menos identidad o sea que existe antes del nacimiento y se hunde después de la muerte, en un alma general. El pasado, el presente, el futuro constituyen un tiempo único. (*Antología de las obras en prosa*, 1976, página 350).

La palabra alma ocurre 14 veces en la novela en asociación con cuerpo y también en la metáfora de “el mar verde del alma”. De la relación del cuerpo y del alma dice:

“El cuerpo es una pesadilla pero es el único camino que lleva al alma.”

De esta unión nos habla en un poema anterior diciendo cuando penetra en una mujer.

“... vamos a derribar las murallas que separan nuestras almas”.

Y en la novela hemos visto que el hombre se suicida para ir a unirse en cuerpo y alma con la niña (página 108).

“*Cuerpo*” es palabra importante, sin ser totalmente clave, como se podría pensar en una novela de ambiente erótico. Esta palabra ocurre 50 veces en la novela y en los momentos críticos del relato está casi siempre asociada a “alma”, quitando toda interpretación obsesional o pornográfica a los asuntos. En la descripción que hace “el hombre” opone su cuerpo encendido, emborrachado, torpe, al cuerpecito, blando, blanco, rubio, frágil de una femineidad infantil de la niña que anhela y opone también el cuerpo sensual de hembra de la novia Isabel al tan precioso de la niña Theresa, su ahijada.

Dice Jon Mirande en su obra que el cuerpo puede ser un obstáculo a la fusión de las almas que es la realización y la perfección en el amor. No por eso infravalora los placeres y las funciones del cuerpo porque en su ensayo *Mi Fe* dice:

“Sin embargo y aunque sea el cuerpo una cosa transitoria e indigna si se compara con el alma, quizá y condenada a morir pasando a otro nivel —no se debe a la manera de ciertos religionarios despreciarlo—. Al contrario, es él (el cuerpo) la base de nuestra personalidad consciente y a pesar de los discursos de los metafísicos, siendo símbolos propios y esencia del alma, tenemos que honrar las virtudes principales del cuerpo, bien sea las más humildes y más superficiales, tal como las del sexo y de la conciencia étnica. Tomando pretexto del predominio del espíritu negarlos es una burrada, porque el que quiere hacer el ángel hace el animal.”

[*Antología de la prosa*, (en euskera) Etor, 1976, página 351]

Entendemos bien el mensaje de Jon Mirande, tanto simbólico como metafísico, es un acto de fe en contra de los excesos dogmáticos del materialismo y del puritanismo, al par que descarta también las propuestas metafísicas de ciertas religiones orientales: judaísmo, cristianismo, ascetismo hinduista.

SENTIMIENTOS Y METAFORAS DEL AMOR

Entre las calidades que busca “el hombre” en su ahijada amada aparecen quizá en primer lugar el *pudor* (lotsa) 25 veces y dos veces solamente con el calificativo “falso”; en segundo lugar la *gratitud* (15 veces), opuesta raramente a la ingratitude, es un sentimiento importante en el intercambio sentimental; luego la *dulzura* (eztitasun) que ocurre 12 veces.

El temor del “hombre” es el cambio fisiológico que va a borrar la femineidad de niña (haur-emetasuna) dando una femineidad mujeril que odia (esto lo piensa “el hombre” pero no el autor que no era tan selectivo).

“El hombre” por su parte está dominado por un sentimiento de transporte de gozo, enloquecido por su amor y la palabra *zoratu* y sus derivados ocurren 29 veces, cada vez que tiene relaciones amorosas (caricias, besos) o sólo al mirar a su ahijada.

El sentimiento común a ambos se expresa, casi siempre, por el término “*corazón*” (*bihotz*) que se lee 62 veces. La ausencia de la palabra “amor” (*maitasun*) está relacionada con lo que nos decía “(maitasun) hitz higatu hori” *amor esa palabra gastada*, raras veces la palabra “bihotz” tiene la connotación de “ánimo” en la boca del “hombre”.

Las tres principales metáforas, al hablar de la ahijada Theresa son del tema clásico de la “hermosa rubia” calificada de oro, o de tesoro (18 veces), pero también aquí se tema que al dejar la niñez el pelo no siga rubio.

Nieve (*elur*) se refiere a la blancura, a la pureza del alma de la niña, y también a la blancura de su piel de niña; son cuatro alusiones y una de ellas reúne los sentimientos del hombre con el cuerpo de la niña en una frase simbólica:

“... la nostalgia de nieve de mi frío corazón” (página 142).

Al final de la novela reúne estas metáforas principales y clásicas —casi clichés— en una fórmula completa cuando “el hombre” imagina a su ahijada muerta llevada por el mar al País de la Juventud:

“... una princesa que será siempre nieve, siempre oro, siempre niña” (página 172).

EL ODIOS Y LOS SENTIMIENTOS NEGATIVOS

El mundo del odio para “el hombre” amoroso es el de la sociedad conformista que le rodea, que le circunda, el pintor (el autor) siendo el único que lo va a entender y aceptar.

En este mundo de la desesperanza sobresalen las palabras hipócrita, hipocresía (30 veces), luego desesperación (11), imbécil (13), odio (6), escándalo (3). Son las mismas palabras que emplea cuando en sus polémicas y sus sátiras nos habla de los honrados vascongados (*Euskaldun zintzoen balada* “*Balada de los vascos honrados*”).

TRISTEZA O ALEGRIA DE LA NOVELA

En una novela con final trágico se espera una acumulación de alusiones tristes; claro que si desesperación ocurre 11 veces, triste (*goibel*) siete veces

solamente, lágrimas dos veces (y una vez de agrado), pecado (tres veces), pena (una vez), vergüenza (tres veces). La cosecha del vocabulario de la tristeza aun extendiéndolo a la vergüenza y al pecado es pobre.

Al contrario tratándose del tema de la alegría la frecuencia es mucho más importante *risa* (26 veces), *sonrisa* (15 veces), *contento* (8 veces), *alegre* (16). De modo que este amor difícil e imposible no se vive en un ambiente siniestro y lóbrego, sino en una alegría relacionada con la vida que llevan los dos amantes juntos, aislados en la misma casa, durante la mayor parte de la narración. Eso no significa que la risa no esconde el malestar de los personajes. Las relaciones que tuvimos con Jon Mirande y las tertulias que teníamos de soltero y luego en nuestro hogar eran muy alegres: le gustaban los chistes, los canulares, los retratos humorísticos de sus colegas y la burla de su propia actividad laboral. La víspera de su suicidio encontró a su amigo Goulvenn Penaod y estaba muy alegre.

Pero tratando de la lectura de la novela no sé si el tema mismo y la angustia, la inquietud sobre el porvenir de los amantes, no impide al lector el cerciorarse de esta alegría pagana del “hombre” que ríe y de la ahijada Theresa que sonríe.

El final de la novela si se quiere leer la conclusión del pintor se llena de la alegría del amigo que piensa que los dos amantes están más a gusto en el otro mundo que en una sociedad hipócrita... imaginando quizá que quedarán reunidos los dos en la Tierra de la Juventud.

“... en una unión del cuerpo y del alma que perdurará siempre”.

LAS DIRECCIONES DEL ESPACIO CULTURAL

Goizerrri u Oriente. Es una de las fascinaciones del autor. Quiso escribir conmigo una novela que se hubiera situado en India, porque la mística de aquel país le interesaba; pero, en la época, el disgusto que recibió al verse excluido de las dos revistas literarias vascas y no entrar en la Academia de la Lengua, dejó de escribir literatura y por mi parte quedó como recuerdo un cuento inspirado por el Mahabharata que se publicó en Egan.

Sartalde o Ponente. Su viento es la llamada a la muerte que sopla en la tormenta de la primera página, su océano el camino hacia la muerte y las Islas dichosas, las Islas Felices:

“... que me transportase hasta aquella isla dichosa (sic) de Occidente, hasta aquella oculta Tierra de los Jóvenes” (páginas 84).

Poniente sería casi la única alusión al País Vasco:

“En esta vieja ciudad de la orilla del mar de Occidente” (página 85).

Iparralde o Septentrión. Es el país de la mitología del frío purificador de la nieve:

“¿O iríamos más bien al Norte evocador de sueños, a ocultar nuestros pasos en los profundos bosques o a sentarnos en los acantilados, antiguos lugares de danza de las sirenas, donde escucharíamos la indómita música de las olas y de nuestros corazones?” (página 142).

Hegoalde o Mediodía. Para Jon Mirande, si el Mediodía es el país de los mares tibios es sobre todo el de la Antigüedad de Roma y de Grecia:

“¿A algún país del sur soleado y lleno de color? Ya veía a Theresa nadando junto a mí en un mar tibio o contemplando las ciudades y pueblos de la Antigüedad. Theresa sería, entre las viejas piedras o en los museos mirando los monumentos” (página 142).

Así da la vuelta, Jon Mirande, a la cultura europea que conocía bien y amaba tanto, como en un último adiós a todo eso.

LAS RELACIONES AMOROSAS DE THERESA Y DEL “HOMBRE”

La principal relación que tiene el hombre es la caricia, con la mano, la boca, en los ojos, en el pecho, en el pelo y la palabra *laztan* ocurre 40 veces, la palabra, beso (*musu*) cinco veces solamente; “tomar en los brazos” se presenta bajo un juego de palabra: el autor en vez de llamar a la ahijada *ugazalaba* siguiendo la tradición antigua, la designa por *haur besoetakoa* “niña de los brazos” que mantiene la ambigüedad necesaria a la narración (tomará tres veces la niña en sus brazos)

La única relación sexual se hace a orilla del mar que actúa para limpiar el gesto y aumentar su carga simbólica, porque cuando la niña ofrece su cuerpo desnudo a orilla del mar dice el hombre:

“No digas nada, Theresa, no tengas miedo eso no es más que un símbolo y una promesa para el futuro... no pienses ni digas nada contra mí, porque tengo que causarte dolor, o mi pequeña Theresa” (página 165).

Entonces, queriendo nadar se ahoga Theresa y una ola grande la lleva a lo largo del mar. Terminan, así, estas relaciones con un acto único y simbólico. Por lo demás el único erotismo sería, al empezar el relato, cuando el hombre aprovecha el sueño artificial de la ahijada para acariciarla y ella finge tomar los barbitúricos, y despierta, los ojos cerrados se deja acariciar, hasta el momento en que ambos descubren las trampitas mutuas.

No pienso haber agotado toda la complejidad de esta novela, que parecía a ciertos historiadores de la literatura escandalosa o sencilla; con el estudio de la génesis de *La Ahijada* hemos contemplado el extraño paisaje de una socie-

dad cuya expresión era castrada por una cantidad de prohibiciones, y con la novela hemos visto cuál podía ser la fuerza de lo vasco en la cultura de nosotros, hijos de emigrantes y exiliados en París.

No sé si he podido expresarme bien, analizar totalmente la pasión que tuvimos con el autor de la anhelada patria de nuestros padres, las decepciones que tuvimos por parte de la Euskal Herria de la época. Frente a los que habían luchado contra el franquismo o que habían podido vivir en el País Vasco, se nos negaba el derecho de expresar, mientras luchábamos contra los prejuicios folklóricos o religiosos que agarraban los escritores vascos.

En nuestras tertulias parisinas del sábado intentábamos recuperar y crear un idioma que correspondía a nuestra vida ciudadana y norte-europea. Era la época del triunfalismo cristiano y la mitología judeo-cristiana se consideraba como más típica castizamente vasca que la mitología vasca y los esfuerzos y logros de los poetas de los años treinta para europeizar nuestra cultura retrocedían delante el neo-folklórico de Ormaechea o la huida hacia Platón de Zaitegi.

La novela *La Ahijada* es a la vez testamento, manifiesto para una nueva cultura, una nueva educación además de ser una novela de amor —la primera en el mundo de la literatura vasca— y la sociedad vasca tuvo que cambiar para llegar al aprecio merecido que tiene, ahora, la obra de Jon Mirande.